

Llevada al cabo esta determinacion, el teniente coronel Ramirez se ocupó de reorganizar á su fuerza que en parte se habia desbandado, y entónces los oficiales D. Alejandro Fuentes y D. Pedro Caballeron volvieron á la ciudad con algunos valientes soldados, resueltos todos á vengar la sorpresa de que habian sido víctimas. Pero no encontraron mas que las pavesas de las casas que habian incendiado los indios, los cadáveres de las víctimas sacrificadas á su barbarie, y los destrozos causados en los establecimientos de comercio. El enemigo habia huido desde las nueve de la mañana, llevándose consigo, entre otros objetos valiosos, todo el armamento que encontró en el depósito (18).

El interesante pueblo de Bolonchenticul estuvo á punto de correr la misma suerte, pocos dias despues. Quinientos bárbaros se precipitaron súbitamente en sus calles, el 22 de noviembre á las cinco de la mañana, habiendo logrado burlar hasta la vigilancia de las avanzadas. La corta guarnicion que allí habia, limitó su defensa al cuartel y al átrio de la iglesia, á donde habian acudido á refugiarse algunas familias. Los invasores llegaron sin embargo hasta á machetear las puertas de este edificio, con la esperanza de apoderarse de las personas y de los objetos de guerra que encerraba. Pero el constante fuego que les hacian los pocos soldados que habian conservado su serenidad, bastaron al fin para hacerlos huir, aunque no sin haber asesinado á algunos habitantes del pueblo, é incendiado varias casas.

Algunas otras poblaciones fueron sorprendidas en la misma época por los indios; pero el plan que nos hemos trazado, nos impide entrar en mas pormenores.

(18) Baqueiro, *ubi supra*.—“El Fénix,” números 147 y 148.

CAPÍTULO XXI.

1851-1852.

Fundan los indios á Chan Santa Cruz.—Causas á qué se atribuye esta fundacion.—Sus habitantes atacan el canton de Kamocolché.—La nueva guarida es descubierta y hostilizada por los blancos.—Venancio Pec acomete á Bacalar.—Ultimos esfuerzos del general Micheltorena para terminar la guerra.—Renuncia su destino y le sustituye el general Vega.—Divide éste la guardia nacional en móvil y sedentaria, en cuya virtud es retirada de los cantones una parte de las fuerzas que se hallaban en campaña.—Restablecimiento de las comisiones eclesiásticas.—El corregidor del Peteri consigue la sumision de Chichanjá.—Gran expedicion dirigida simultáneamente á las principales guaridas de los sublevados á las órdenes del Comandante general.—Nuevas operaciones emprendidas sobre Chan Santa Cruz y el despoblado de Bacalar.—Resultados generales.

En medio de la incesante persecucion á que estaban sometidos los bárbaros, y en los momentos en que la muerte de los antiguos caudillos amenazaba su disolucion, los nuevos jefes echaron mano de un recurso sobrenatural, para alentar á los que comenzaban á cansarse, y para dar un centro de unidad á sus operaciones. La causa de la

insurreccion parecia próxima á sucumbir, no solamente por los rudos golpes que le habia deparado el éxito de la guerra, sino porque aun para los mismos indios, el cielo parecia haberse colocado del lado de los blancos. Con éstos se hallaban los sacerdotes del culto: con éstos se hallaban tambien las imágenes milagrosas que disfrutaban de una reputación universal; y aunque ellos—los indios—habian aprisionado á unos y á otras durante la primera época de la sublevacion, los primeros se les habian escapado, y las segundas habian sido poco á poco recobradas por sus enemigos. Como si esto no hubiera sido bastante, esos mismos sacerdotes se les habian acercado últimamente para aconsejarles que depusieran las armas. La inmensa mayoría de los sublevados sentía un vacío al derredor de sí, al verse desamparada de aquellos signos materiales de la divinidad, y se hacia necesario inventar un medio que neutralizase los efectos de este sentimiento y que hiciera comprender al creyente que se hallaba equivocado.

Es preciso decir, sin embargo, que el gran recurso no parece haber brotado de ninguna imaginacion indígena, sino de uno de esos hombres de la raza mestiza que desde 1847, venian prestando á la causa de la barbarie, el concurso de su inteligencia y de su valor. Dícese que vagando un dia José María Barrera por el despoblado que se extiende á lo largo de la costa oriental de la península, encontró un manantial que brotaba á la entrada de una gruta, y al cual prestaban su frescura algunos árboles corpulentos de aquella selva casi vírgen todavía. El descubrimiento de un manantial de agua es un gran acontecimiento en un país árido, como el nuestro, y Barrera marcó el lugar grabando tres cruces pequeñas en la corteza del árbol principal. Pronto se divulgó el hallazgo entre los sublevados, y como la fuente se hallaba á

ocho leguas apenas de la bahía de la Ascension, visitada fácilmente por los ingleses, y á notable distancia de los cantones mas avanzados de nuestra línea, varias familias indias comenzaron á levantar sus chozas al rededor de la gruta para evitarse la molestia de hacer un viaje diario en busca de agua. Así comenzó á formarse en los siglos anti-colombianos la opulenta ciudad de Chichen, y tal fué tambien probablemente el origen de todas ó casi todas las poblaciones mayas. Las pequeñas cruces grabadas en la corteza de un árbol comenzaron á ser un objeto de adoracion para los moradores de la nueva guarida, y con tal motivo sin duda, ésta recibió el nombre de *Chan Santa Cruz*. El descubridor del manantial comenzó de esta manera á agrupar en derredor de sí un considerable número de sublevados, y temeroso de que desapareciesen las primitivas cruces, mandó fabricar otras de bulto, que hizo colocar en el mismo lugar.

Si Cogolludo y el Dr. Sánchez de Aguilar hubiesen conocido á Barrera, habrian dicho de él que era un mestizo muy ladino; y á fé que la calificacion hubiera sido muy acertada, por la habilidad con que explotó en favor de sus planes el sentimiento religioso de los indios. Conociendo la inclinacion que tiene á lo maravilloso, no solamente el hombre salvaje, sino aun el educado en los países mas cultos del antiguo y del nuevo continente, hizo correr la voz de que las cruces que se veneraban en la nueva poblacion, habian bajado del cielo para hacer importantes revelaciones á los sublevados. Pero como por grande que sea la credulidad del vulgo de todos los países, siempre necesita de una prueba cualquiera para hacerse la ilusion de que ha sido convencido, Barrera asoció á su empresa á un indio llamado Manuel Nauat, de quien se dice que era ventrílocuo, y quien, en las grandes reuniones á que eran llevadas las cruces, pronunciaba

largos discursos que parecían proceder de éstas. Estos discursos tenían por principal objeto el de excitar á los indios contra los blancos, asegurándoles que pronto iba á cambiar el aspecto de la guerra; y pronto comenzaron á palpase los efectos del fanatismo que se apoderó del ánimo de los primeros (1).

En la madrugada del 3 de enero de 1851, una masa compacta de bárbaros que un periódico de la época hace ascender á dos mil, se arrojó súbitamente sobre el canton de Kampocolché, haciendo retroceder en dispersion á los soldados que guarnecían las trincheras avanzadas, y penetrando hasta la plaza, de cuyos puestos principales se apoderó en un instante. El mismo capitán Maldonado, jefe del campamento, se vió en la necesidad de seguir á los que se retiraban; pero se detuvo en los términos de la poblacion, y reorganizando á los dispersos, atacó á los invasores á su retaguardia. Una fuerza que se hallaba en una colina de la plaza, y que fué la única que no abandonó su puesto, secundó eficazmente los esfuerzos de su jefe, haciendo un juego vivo y nutrido sobre los sublevados. Estos se defendieron por el espacio de dos horas con un valor de que hacia mucho tiempo no daban muestra ninguna; pero al fin se vieron obligados á huir dejando un centenar de cadáveres en el recinto del pueblo y en los caminos por donde fueron perseguidos (2).

Las revelaciones de algunos prisioneros hicieron conocer bien pronto al coronel Rosado la fundacion de Chan Santa Cruz, y conociendo cuán peligrosa podia ser para la causa de la civilizacion esta nueva guarida, protegida por el fanatismo de sus habitantes, resolvió hacer los esfuerzos posibles para exterminarla. Con este objeto salió de Kampocolché el 21 de marzo una fuerza de 220

(1) Baqueiro, Ensayo histórico, tomo II, capítulo VI.

(2) El Siglo XIX, periódico oficial que sustituyó al Boletín, núm. 84.

hombres al mando del coronel Novelo, la cual desviándose del camino principal y forzando marchas, logró sorprender á Santa Cruz en la madrugada del 23. José María Barrera logró escaparse; pero el sacerdote Manuel Nauat, que intentó defenderse con su machete, sucumbió en la lucha. Los pertrechos de guerra depositados allí, así como las cruces y sus ofrendas, cayeron en poder del coronel Novelo. También cayó en su poder un gran número de familias, pues solo tuvieron tiempo de huir los hombres de guerra. Pero el coronel Novelo no pudo traer consigo á sus prisioneros, porque la fuerza de que disponia no era suficiente para guardarlos, y se limitó á cargar con las cruces y algunos de los objetos mas valiosos de la expedicion.

Terrible fué el golpe que recibieron los indios con la desaparicion de las cruces que daban vida á la nueva poblacion, y con la muerte del hombre que interpretaba su voluntad. Pero pronto surgió un nuevo sacerdote que se hizo anunciar por medio de un escrito, en el cual revelaba á sus adeptos la voluntad divina. Decia en él que las cruces llevadas á Kampocolché, se habian negado á hablar con los blancos, porque solo querian á los indios; y para probar á los últimos este amor, el ministro les anunciaba que pronto serían vengados y que sus ejércitos triunfantes llegarían hasta la capital del Estado. Al mismo tiempo que se hacian estas predicciones para reanimar á los sublevados, Barrera cuidaba de fortificarse en Chan Santa Cruz y sus inmediaciones, con el objeto de poner la poblacion al abrigo de una nueva sorpresa. Ya veremos mas adelante que á pesar de todas estas precauciones, aquel asilo puesto bajo la proteccion del fanatismo, fué violado varias veces por sus enemigos.

No era solamente á las inmediaciones de Kampocolché donde se operaba por esta época una reaccion en favor

de la barbárie. Venancio Pec que continuaba acariciando la idea del protectorado inglés, con el objeto de buscar un aliado poderoso á su causa, acometió á principios del año una empresa que en su concepto debia rehabilitarle á los ojos del Superintendente de Belice, y ponerle en posesion de una plaza, de que dependia en gran parte el éxito de sus armas. Organizó con este fin una columna de ochocientos sublevados, y el 28 de marzo, entre once y doce del dia, se presentó súbitamente frente á Bacalar, haciendo un fuego nutrido de fusilería sobre la plaza. La guarnicion se puso inmediatamente sobre las armas, y desde los atrincheramientos de la línea y la fortaleza llovieron innumerables proyectiles sobre los agresores; pero éstos léjos de retroceder avanzaron resueltamente hácia uno de los reductos, arrimaron escalas y penetraron audazmente á la plaza. El clima de Bacalar seguía ejerciendo, como siempre, una influencia mortífera sobre la guarnicion, y los soldados débiles y enfermizos que guarnecian el reducto asaltado, no tuvieron ánimo para defenderlo y corrieron á refugiarse en la fortaleza, haciendo fuego en retirada. Los demás reductos no tardaron en correr la misma suerte, y Venancio Pec quedó en breve tiempo dueño de la villa.

Pero el teniente coronel D. Isidro Gonzalez, que se habia retirado al fuerte con una gran parte de la guarnicion, tardó muy poco en tomar las disposiciones necesarias para recobrarla. Sacó varias guerrillas al mando de oficiales experimentados para que batiesen á los indios al abrigo de los fuegos de la fortaleza, y aunque éstos se defendieron por algun tiempo con tenacidad, al fin hubieron de huir, dejando regadas de cadáveres las calles y la plaza de la villa. Y tan duramente escarmentados quedaron con esta leccion, que por mucho tiempo no se les volvió á ver en las inmediaciones. La guarnicion de

Bacalar tuvo entónces un momento de reposo que ciertamente necesitaba, porque cada dia eran mayores las privaciones á que se veía sujeta (3).

Miéntas el coronel Rosado hacía esfuerzos inútiles para destruir la nueva guarida de Chan Santa Cruz, que con el tiempo debia llegar á ser el principal baluarte de los sublevados y miéntas el teniente coronel Gonzalez hacía esfuerzos casi milagrosos para conservar á Bacalar, el general Micheltoarena adquiria la triste conviccion de que era imposible concluir la guerra social con los escasos elementos de que podia disponer. Deseando sin embargo tentar el último recurso ántes de abandonar la empresa en que se habia empeñado, convocó en la capital del Estado una Junta de autoridades y propietarios, en la cual se comprometió á terminar la guerra en el espacio de cuatro meses, siempre que en cada uno de éstos se le proporcionasen trescientos cuatro mil pesos. La enormidad de esta suma, cuyo total ascendia á mas de un millon, equivalia á pedir un imposible. Todo lo que prometió la junta fué realizar un préstamo de setenta mil pesos (4); y aunque el comandante general prometió hacer con esta suma todo lo que pudiera, se dirigió separadamente al gobierno federal, pidiéndole nuevos recursos de gente y dinero para llevar al cabo su pensamiento. Pero el gobierno mexicano que no solamente habia dejado de pagar con puntualidad los diez y seis mil pesos mensuales decretados por el Congreso de la Union, sino que habia acabado por disponer que del contingente que debia el Estado á la federacion se erogasen los gastos de la guardia nacional, se hizo sordo á las manifestaciones del general Micheltoarena y á los clamores del periodismo

(3) Nota oficial del teniente coronel Gonzalez, que el Sr. Baqueiro inserta en su *Ensayo*, tomo II, capítulo VI.

(4) "El Fénix," número 155.

y de las autoridades de la península, que le exitaban á hacer el último esfuerzo en favor de nuestra causa. Entonces el Sr. Micheltorena renunció su destino, fundándose en que no queria sacrificar su reputacion militar en una campaña, para la cual no se le prestaban los elementos necesarios.

El gobierno federal aceptó esta renuncia y nombró para sustituirle al general D. Rómulo Diaz de la Vega, el cual desembarcó en Campeche el 15 de mayo y llegó á Mérida el 29. Desde el momento en que el nuevo Comandante general se hizo cargo de su destino, se encontró con una cuestion que venia debatiéndose hacia mucho tiempo entre los jefes militares y en el periodismo. Tratábase de saber si era posible concluir la guerra de castas con el sistema de perseguir constantemente á los bárbaros y de avanzar cada dia mas nuestros cantones, con el objeto de estrechar su esfera de accion. La opinion pública en general habia resuelto por la negativa esta cuestion, fundándose en razones muy poderosas. En primer lugar la experiencia habia demostrado que los diez y siete mil hombres que se hallaban en campaña, no eran bastantes para reducir á los sublevados, cuya frugalidad y amor al salvagismo, les prestarian siempre fuerzas para defenderse en la espesura de los bosques. En segundo lugar, no era ya posible conservar por mas tiempo estos diez y siete mil hombres en los cantones, á causa de que no habia dinero para pagarlos ni víveres para mantenerlos, porque se habian agotado ya todas las sementeras de los sublevados. En tercer lugar, era ya necesario devolver á la agricultura y á la industria los brazos que le habia arrebatado la campaña, y por último, la humanidad exigia que fuese retirada siquiera una parte de aquellos soldados, que hacía tres ó cuatro años vivian separados del hogar doméstico.

Los que alegaban estas razones en favor de su opinion, pedian que se abandonase el sistema de guerra séguido hasta entónces, y que solo se conservasen los cantones necesarios para mantenerse á la defensiva, lo cual permitiria que fuese retirada una fraccion considerable de nuestro sufrido ejército. Pero habia unos pocos que opinaban en sentido opuesto, haciéndose la ilusion de que bastaba hacer un último esfuerzo para anonadar completamente á los sublevados. El general Vega, que habia traído amplias instrucciones del gobierno federal, examinó detenidamente la cuestion, y despues de haber consultado al Sr. Barbachano, y aún á algunos jefes militares á quienes hizo venir á Mérida, resolvió adoptar en parte la medida que reclamaba la opinion pública y parecia exigir la necesidad. Con este objeto dividió la guardia nacional del Estado en móvil y sedentaria. La primera debia permanecer en los cantones para guardar la frontera, y aún para hacer algunas incursiones al campo enemigo. Los cuerpos ó compañías que formasen la segunda, debian ser retirados á sus respectivas localidades, aunque conservando cierta organizacion, á fin de que pudieran ir á relevar periódicamente á la fuerza que quedaba en los cantones. Ésta, es decir, la guardia nacional móvil ó activa, recibió el nombre de "Division Vega" y debia constar de tres brigadas. La primera fué puesta á las órdenes del general Cadenas, la segunda á las del coronel D. Eulogio Rosado, y la tercera á las del coronel D. Sebastian Molas. Tambien se formó una seccion de reserva, cuyo mando fué confiado al general D. Sebastian López de Llergo y que se compuso del Batallon *Fijo de Mérida*, del 6.º de línea y de una batería de artillería (5).

Tomadas estas disposiciones, el general Vega salió de Mérida el 7 de agosto y se dirigió desde luego á Peto,

(5) El Siglo XIX números 156 y siguientes.